

CULTURIZAR EL CONCEPTO DE DEMOCRACIA Esteban Krotz (Universidad Autónoma de Yucatán).

Más allá de su génesis, conformación y metas, lo que no puede negarse es que el EZLN ha hecho lo que actos oficiales y académicos no lograron para dar a conocer las condiciones de existencia de las etnias y su reclamo de [democracia](#).

Visto en retrospectiva, no puede haber duda: la(s) teoría(s) de la dependencia tuvo(ieron) que nacer aquí, en este continente acorralado desde hace 500 años, donde los sobrevivientes del genocidio inicial fueron incorporados, sin posibilidad de opción, al naciente sistema mundial de explotación depredadora de los seres humanos y los recursos naturales, que hoy provoca rechazo incluso en el seno de las reducidas islas de la abundancia que creó y sigue creando, rodeadas de miseria creciente, de más y más violencia y manifestaciones de sinsentido. Empero, el mestizaje biológico y [cultural](#) impidió que se tuviera igual claridad acerca de otros aspectos de esta dependencia. Es más, la presencia de idiomas latinos y religiones cristianas desde el inicio de la Colonia; de trigo y uva poco después; a lo que se agregaba, con el correr de nuestro siglo, pantalón y automóvil y, en sus postrimerías, escuela y televisor, se han encargado de fortalecer la convicción de estar cerca de poderse sumergir en la abundancia prometida. Se trata, no hay que olvidarlo, de un espejismo hecho verdad de modo fragmentario, a veces tristemente risible, en tantas familias de las élites económicas, políticas e intelectuales: desde sus maneras de comer hasta la educación de los hijos, desde su desdén por la piel morena hasta su desprecio por quien sólo puede vender fuerza de trabajo, desde sus modas estéticas y sus compras compulsivas de cualquier producto "moderno" hasta la ubicación de sus cuentas bancarias (en todo esto y mucho más han intentado sentirse parte de un mundo que, según ellos, ya podría haber llegado para todos si no estuviera lleno este continente de aborígenes, indios, negros, mulatos, nacos, chayos, raza; o sea, de premodernidad, no extirpada aún en creencias y actitudes, gustos y modos de hablar, maneras de encarar la vida y la productividad de tantos que apenas pueden ser considerados humanos).

"Parece que la irrupción en escena del Ejército Zapatista de Liberación Nacional ofrece la oportunidad de entender las [democracias](#), al menos las de Latinoamérica, no como realizaciones "subdesarrolladas" de un modelo fuera de duda, sino como erradas por querer prescindir de incorporar en este la historia propia, las raíces de una civilización. Hacerlo no significaría "agregarle" algo al modelo, sino reconstruirlo".

Ante este panorama, no parece exagerado afirmar que la rebelión armada chiapaneca ha logrado, al menos hasta ahora, lo que no pudo el Quinto centenario con sus muchos años de preparación. Este quedará en la memoria del siglo XX ante todo como motivo de doctas retrospectivas, de pleitos menores entre especialistas académicos, de intentos de lucirse mediante la denuncia de acontecimientos sucedidos hace muchas generaciones. Por más que hubo movilizaciones de reivindicación étnica en todo el continente, en los innumerables artículos periodísticos, publicaciones de todo tipo, actos académicos y conmemorativos sólo se produjeron miradas hacia atrás.

Ausentes estuvieron el dolor, la opresión y la miseria actuales, resultados también (aunque no sólo) de este pasado y pocas veces se pudieron constatar esfuerzos teóricos y prácticos destinados a abolir esta situación desde sus raíces. Los recientes sucesos protagonizados por el [EZLN](#), en cambio, más allá de los muchos puntos aún oscuros de su génesis, composición, metas y apoyos; más allá también de los resultados de sus negociaciones con el gobierno federal, no promueven la retrospectiva. Significan rechazo al desorden establecido en el hoy, representan la exigencia inaplazable de los cambios drásticos para lograr un mañana mejor para los más. Una de las causas de su fuerte resonancia en todo el país es, sin duda, su exigencia más crítica, que parece ser idéntica al reclamo de muchos en todo el hemisferio: "democracia" palabra clave, casi tan mágica ya como hace un cuarto de siglo "revolución"; término que no parece necesitar de especificaciones, al menos en situaciones en las que a pesar de los discursos oficiales el voto del ciudadano, de la ciudadana, no vale mucho. Obviamente, en un país donde tan pocas veces los electores han tenido libertad para asociarse, informarse y poder escoger de verdad; donde tantas ocasiones los votos emitidos no son contados, las sumas falsificadas y sus resultados negociados, uno entiende que la democracia formal siga siendo un reclamo básico.

Pero ¿no se manifiesta aquí otro nivel más de dependencia? Recordemos que durante los ochenta, la década llamada a menudo "perdida", casi todo el continente regresó, después de largos y sangrientos años de dictadura militar, a formas de organización [política](#) formalmente democrática. (Curiosamente se trata del mismo periodo en el que perdió definitivamente su atractivo la revolución cubana, que nunca fue igualada por el experimento sandinista; dos situaciones, por cierto, siempre más celebradas por su desafío al imperio que por el orden interno creado). ¿Cuáles son los resultados reales de este cambio? ¿Acaso ahora el orden sociopolítico de los países de la región responde mejor a las aspiraciones de justicia, dignidad, libertad y felicidad de sus ciudadanos? ¿No parece tratarse de democracias "subdesarrolladas"? Verlas como realizaciones imperfectas de un modelo fuera de duda implicaría desconocer que, por más que la idea moderna del sistema democrático pueda parecer un avance indiscutible en la historia de la humanidad y un logro universal, en ella se aprecian aún fuertes huellas de sus orígenes históricos; es decir, todavía se nota que tanto se trata de un modelo forjado en la lucha contra la monarquía absoluta, la cual trató de dar lugar a un orden basado en los derechos inextinguibles de la persona y la voluntad del ciudadano (aunque

tardó bastante para reconocer a la mujer, el trabajador y el criminal como personas y ciudadanos).

¿Será que la rebelión chiapaneca no apunta hacia aquella idea de democracia supuestamente universal en la que convergen el economicismo y el nacionalismo antiimperialista de las teorías de la dependencia, la casi totalidad de las organizaciones defensoras del voto y los teóricos del Estado-nación liberal "moderno"?

Parece que la irrupción en escena del Ejército Zapatista de Liberación Nacional ofrece la oportunidad de entender las democracias, al menos las de Latinoamérica, no como realizaciones "subdesarrolladas" de un modelo fuera de duda, sino como erradas por querer prescindir de incorporar en esta historia propia, las raíces de una civilización. Hacerlo no significaría "agregarle" algo al modelo, sino reconstruirlo.

"Hay que imaginar formas de organización sociopolítica en las que la realización del principio de igualdad ciudadana no signifique estandarización cultural y lingüística; en las que el principio de seguridad jurídica no implique exclusividad de un solo tipo de normatividad; en las que el de la libre expresión de ideas no sólo se refiera al individuo sino a grupos, etnias y pueblos; en las que el ejercicio de la autoridad, la administración de la propiedad, la resolución de conflictos, la manera de organizar las relaciones familiares y vecinales, las formas de entender el mundo, impliquen la coexistencia de muchos modelos compatibles entre sí".

Desde luego, también aquí se trataría, en primer lugar, de un orden social y político donde, como dice la canción, "*nadie escupa sangre para que otros vivan mejor*". Pero luego hay que imaginar formas de organización sociopolítica en las que la realización del principio de igualdad ciudadana no signifique estandarización cultural y lingüística; en las que el principio de seguridad jurídica no implique exclusividad de un solo tipo de normatividad; en las que el de la libre expresión de ideas no sólo se refiera al individuo sino a grupos, etnias y pueblos; en las que el ejercicio de la autoridad, la administración de la propiedad, la resolución de conflictos, la manera de organizar las relaciones familiares y vecinales, las formas de entender el mundo, impliquen la coexistencia de muchos modelos compatibles entre sí. De esto, no del regreso a etapas evolutivas superadas, se trata cuando se habla de la vigencia de un "México profundo", de una "Latinoamérica profunda".

Sería una democracia en la que la diversidad cultural (lo que significa Latinoamérica, la diversidad fundada en los pueblos indígenas originarios)

tiene cabida no sólo como concesión folclórica, sino a partir de la convicción de que esta alteridad cultural todavía existente constituye una importante, tal vez decisiva, cantera para encontrar salidas de una [modernidad](#) en cuyos inicios estuvo una hermosa promesa. Precisamente para realizar esta de una sociedad donde, como dijeron unos, el ser humano deje de actuar como lobo en sus relaciones con los demás; en donde, como expresaron otros, han sido abolidas las circunstancias que rmiten la existencia de amos y siervos, de seres humanos explotados y humillados por otros; donde, como también puede decirse, nadie tendría que sentirse apenado sólo porque proviene de otra cultura; debe enriquecerse el concepto de democracia, hay que culturizarlo.